

EN TEORÍA

Leer en bachillerato

por Pablo Zapata Lerga*

Si tratamos de indagar en las múltiples causas del pobre hábito lector de los adolescentes, debemos arrancar de un hecho primordial: la literatura se escribe para ser leída y no para ser sometida a tediosos ejercicios de estudio.

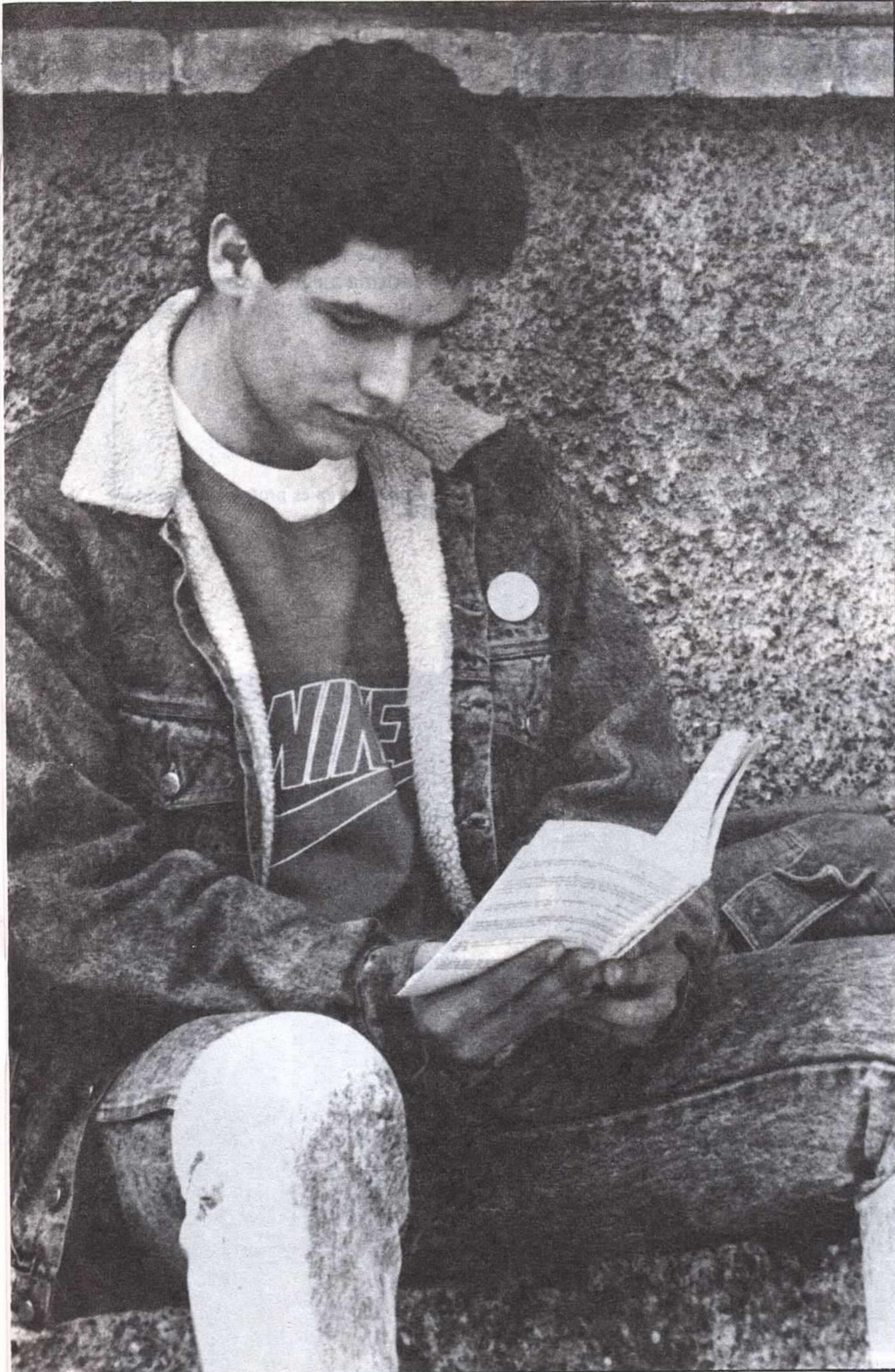
Sobre esta premisa, el autor, profesor de literatura, elabora un sugerente análisis y lanza algunas ideas, a manera de propuestas, encaminadas a recuperar la alegría de leer.

Cuando hacemos elucubraciones mentales, con frecuencia nos olvidamos de principios elementales que dicta el sentido común.

El panorama lector actual entre los adolescentes es muy pobre, si lo entendemos no como lecturas obligatorias sino como actividad gozosa dimanante de un hábito lector adquirido. Las causas son múltiples, y más los lamentos de los profesores: «los chicos no leen, no comprenden los textos, su vocabulario es muy pobre».

Nos olvidamos de un principio tan elemental como el de que las obras de todos los tiempos fueron escritas para ser leídas, no para ser estudiadas. La historia de la literatura, el estudio de las obras, es algo moderno. Antes sólo se leía, las obras estaban en el contexto sociocultural del lector.

Nuestros alumnos «estudian» literatura más que leerla. Si pretendemos que lean, y luego estudien las obras de acuerdo a los programas, tendrá que ser literatura clásica, claro. Y aquí comienza el primer desajuste entre lo que ofrecemos y la realidad anímica



y vivencial de los jóvenes. Difícil será hacer lectores si se parte de las llamadas obras clásicas: porque están alejadas de su referente social, porque les resultan extrañas, porque no están en sintonía con los adolescentes de hoy... porque se les caen de las manos — así lo dicen—. Hemos confundido el acto gozoso de leer con el «estudio de»; hemos hecho críticos antes que lectores, lo cual es una contradicción.

El objetivo de una clase de literatura debe ser conseguir el hábito lector, derivado del encuentro placentero con el texto. Si esto no ocurre, podemos poner calificaciones sobresalientes a los trabajos realizados como crítica, pero terminarán por ser trabajos por obligación, académicos, con los que no generamos ganas de leer. La literatura es arte, y como tal va más al sentimiento que a la razón.

Con los programas oficiales terminamos por ser profesores de contraliteratura ya que son muchos los que, tras buenísimas calificaciones, juran y perjuran que no leerán esa obra y otras similares. ¿Para qué han servido tantos años de «estudio» de la literatura? No son pocos los que terminan el bachillerato, o la universidad, y no han cogido el hábito lector, no les gusta leer como disfrute, como enriquecimiento, como culminación procedente de tantos estudios literarios. Y son muchos los adultos lectores que no han pasado por la universidad, que nunca estudiaron alta preceptiva literaria.

Hacia la alegría de leer

La única posible solución, pienso, está en podar el programa oficial que hay que dar y ofrecer a los jóvenes lectores «otra» literatura, la suya. Textos con los que sus sentimientos y fantasías encuentren vías de escape. Esa fantasía «que habría que crearla si no existiera», según decía Cervantes.

A lo largo de los cursos de BUP —y más necesario durante EGB— hay que programar una serie de lecturas

TERESA PEYRÍ

específicamente pensadas para ellos: ensoñadoras, alegres, que posibiliten que en COU puedan manejar con soltura obras de cierto nivel intelectual literario y filosófico: Unamuno, Baroja, Ortega, Camus, Kafka...

Nos quejamos de que no llegan a ciertos libros, de que su comprensión es muy pobre, de que su vocabulario y expresión escrita no pasa de «tío, guai, mola, enróllate...», de que se aburren, de que no les gusta leer. Es que el hábito lector no se improvisa, ni se adquiere con la lectura de las obras clásicas. Cada edad tiene su temática y no podemos improvisar o quemar etapas.

Los tiempos cambian, la juventud de hoy es teledicta, audiovisual. Nos dicen claramente que La Celestina, el Buscón, Berceo, El Quijote y otros son un «rollo». Ellos quieren obras con las que sintonicen: de misterio, aventura, autodescubrimiento, amor

(o amoríos), en las que vuele la fantasía o las que les hablen de los problemas de hoy. El muestrario que hay en el mercado es amplísimo, con editoriales especializadas que nos dan lo mejor de nuestros tiempos y los clásicos de siempre. Ignorarlo es ir de espaldas a la realidad.

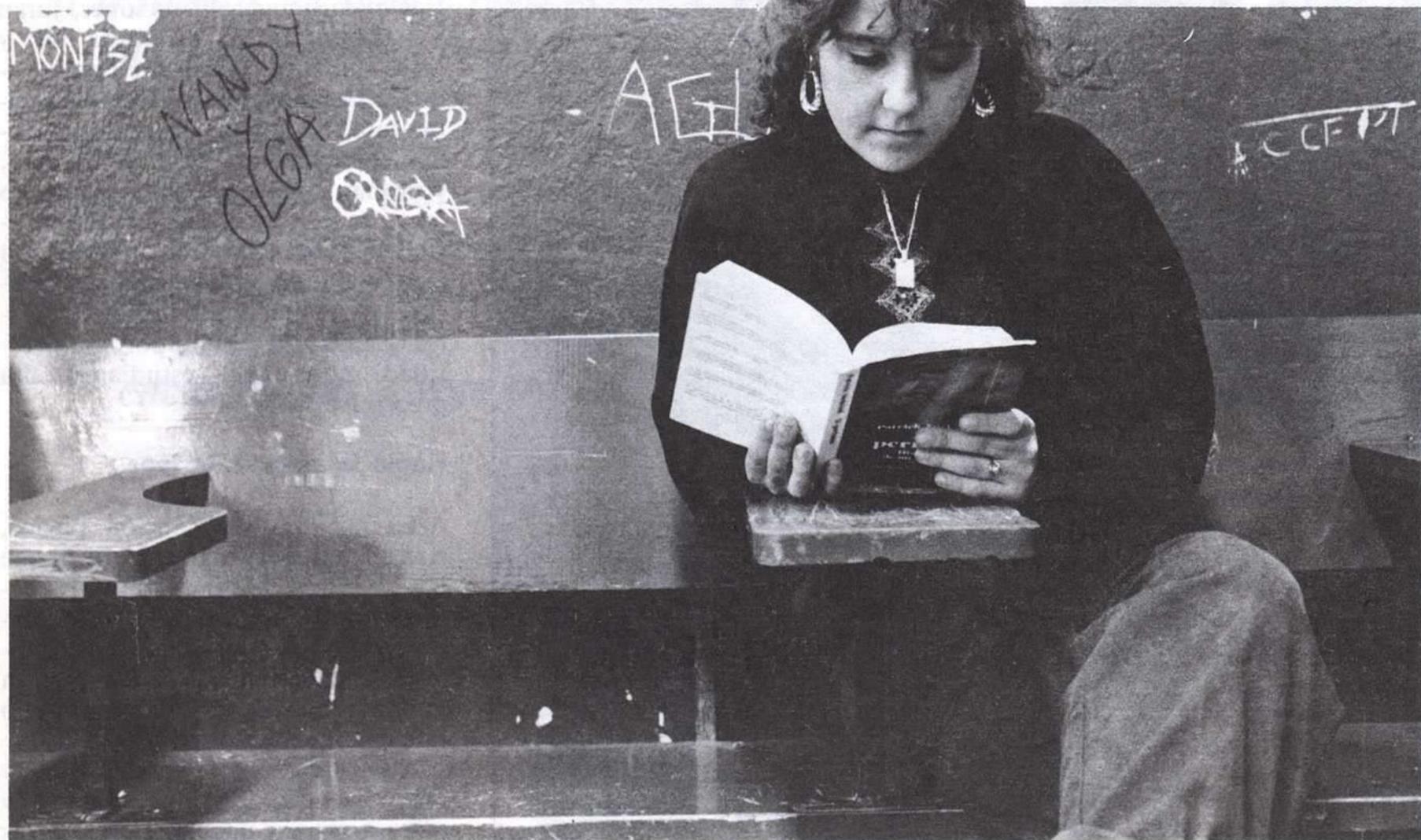
Demos una literatura de programa, sí, pero como «conocimiento» y acercamiento somero, sin grandes profundidades, que no nos impida llevarlos a la otra literatura de forma paralela, con la que se lo pasen bien. Y de ahí pasar a escribir, a crear, a hacer literatura. Que con el tiempo se acercarán a las grandes obras; pero en su momento.

Hay que volver a algo tan sencillo como leer por el placer de hacerlo y

de ahí pasar a escribir como necesidad de expresión de unas vivencias, a crear. Menos decir que los jóvenes no leen. Si se les ofrece un buen listado, abierto y sugerido, los jóvenes sí que leen. Lo que hay que hacer es posibilitarlo, que no es ninguna utopía.

Si queremos tener el día de mañana unos adultos cultos (cultivados), tenemos que sembrar en las aulas, pero de forma alegre. Adolescente que lee, adulto que leerá mañana. ■

*Pablo Zapata Lerga es profesor de literatura de BUP en Bilbao.



TERESA PEYRÍ